

D-33.-

LA FE ACTIVA Y LA FE PASIVA

por Francisco-Manuel Nácher

- ¿Cómo definirías la fe?
- Antes de definirla, distinguiría dos clases de fe.
- ¿Dos clases de fe? ¿Cuáles?
- Sí. Hay una fe, que yo consideraría como fe activa, y otra que podría denominarse fe pasiva.
- ¿Y cómo es eso? Nunca lo había oído.
- Pues, si profundizamos un poco en el tema, se distinguen muy fácilmente.
- ¿En qué?
- Basta con reflexionar un poco sobre algunos pasajes de las Escrituras para verlo claro.
- Dime, pues, qué pasajes son éstos y hagamos juntos la reflexión de que hablas.
- De acuerdo. Primero estudiaremos la fe que yo llamo activa. Podemos basarla, entre otros muchos, en cuatro pasajes de las Escrituras: Primero (Juan 10:34 y Salmo 82: 6), “*recordad que sois dioses*”; segundo (Mateo 17:20 y 21:22, Marcos 11:24 y Lucas 17:6), cuando Cristo dice a Sus discípulos: “*Si tuvieseis fe como un grano de mostaza, diríais a ese monte que se echase al mar y el monte lo haría*” o “*diríais a esa morera: Arráncate de raíz y plántate en el mar. Y os obedecería.*”; tercero (Números 20:11). Moisés teniendo que golpear la roca dos veces para conseguir que de ella manara agua, flaqueza en su fe que le acarreó no entrar en la Tierra Prometida; y cuarto (Marcos 11:24-25), al decirnos Cristo: “*Cuando pidáis algo, pedidlo como si ya lo hubieseis recibido, creed que ya os lo han concedido y, entonces, lo recibiréis*”.
- ¿Eso es todo?
- Sí. Podría traer a colación otros muchos pasajes, pero con estos cuatro basta.
- Sin embargo, observo que el cuarto ejemplo que has puesto, no habla de la fe...
- ¿Que no? ¿Cómo es posible pedir algo como si ya lo hubieses recibido? ¿No supone eso una fe tan fuerte, tan definitiva, como la del primer pasaje? Es la fe misma. Si pido algo con la disposición de ánimo

que tendré después de recibirlo, con la certeza y la seguridad de que ya lo he recibido, ¿no estoy demostrando una fe total, una certeza absoluta?

- Bueno... sí. Es cierto.

- ¿Y no es la misma fe, la misma seguridad, la misma certeza, la misma confianza que se nos pide para mover los montes?

- Sí, realmente es la misma fe.

- ¿Y la misma confianza en sus propios poderes que necesitaba Moisés para sacar agua de la roca?

- Sí. Está claro.

- ¿Y no tienen como característica común una especie de movimiento de dentro hacia afuera, un propósito de influir en lo exterior directa y activamente, una especie de orden a la naturaleza?

- Sí.

- Pues por eso la llamo fe activa. Muy distinta, por cierto, de la pasiva que se encuentra, por ejemplo, en Mateo 6:32, en el pasaje en el que Cristo dice a Sus discípulos que el Padre sabe lo que necesitamos y, si alimenta a los pájaros y viste a los lirios, no necesitaríamos pedirle nada. O cuando en Mateo 6:7-8 y en Lucas 11:9-11 nos aconseja: *“Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. Porque el que pide, recibe, el que busca, encuentra y al que llama, se le abre”*. O en ese otro pasaje de San Pablo (Romanos 3:28), que dice: *“El hombre se rehabilita por la fe, independientemente de la observancia de la Ley”*, en el que parece decir que la fe, el creer en Cristo, basta para salvarse, bien entendido que aquí, “salvarse” quiere decir continuar evolucionando debidamente. O, incluso en pasajes como el del Centurión (Mateo 8:5-13) que pide a Jesús que cure a su criado y Jesús, vista su fe, le dice: *“Como has tenido fe, que se te cumpla”*. Situación ésta que se repite en Lucas 7:1-10 y en Juan 4:43-45. O en el de la Hemorroísa (Marcos 5:27-28, Mateo 9:20-22 y Lucas 8:43-48). O en el de los que, con sólo tocar el borde de su manto, se curaban (Mateo 14:34-36 y Marcos 6:56). En todos ellos se espera que sea otro, Dios, el que haga el milagro. Es decir, se recibe pasivamente el favor. Pero fijate en que, en el pasaje en que Pedro intenta caminar sobre las aguas, como Cristo, y, al hundirse, le pide ayuda (Mateo 14:29-31) que, por supuesto, recibe, Jesús le dice: *“¡Qué poca fe!, ¿por qué has dudado?”* Y yo me pregunto: ¿De qué dudó? Como pescador que era, sabría nadar. ¿De qué dudó, pues? ¿De la ayuda del Maestro? ¡No! Dudó de su propia capacidad para caminar sobre las aguas. Como dudó Moisés de su capacidad para extraer agua de la roca. Y Jesús llama a eso “poca

fe”. Y yo añado, poca fe activa. Los ejemplos están clarísimos y son muchos, a lo largo de las Escrituras.

- Sí. Parece ser así.

- Ésa fe se basa en la propia confianza, mientras que la fe pasiva se basa en la confianza en Dios. Pero, fíjate bien: Aunque sea una fe pasiva, de segunda categoría en un ser creador como el hombre, es básica y necesaria, como demuestra Mateo 13:58 diciendo: *“no hizo allí muchos milagros por su falta de fe”*, y ratifica Marcos 6:5 al asegurar: *“No pudo hacer allí ningún milagro... Y se extrañó de aquella falta de fe”*.

- Está claro.

- Está claro, pero no lo estuvo para todos. Fijémonos, por ejemplo, en Lutero. Cuando estudió la fe, basado seguramente en el pasaje de San Pablo antes citado o en otros de la misma Epístola, estableció, como base de su innovación religiosa, que la fe justifica, es decir, que con la fe basta para “salvarse”. Y, en cambio, no tuvo en cuenta otro pasaje de San Pablo (I Corintios 13:1-3) en el que, al hablar del amor, dice claramente que la fe sin amor, es decir, sin obras, no sirve de nada.

- Sí, recuerdo ese pasaje.

- Y uno se pregunta: ¿Cómo pudo San Pablo decir, por un lado, que la fe basta para salvarse y, por otro, que no?

- Pues, realmente, no sé que decirte.

- Porque en un caso hablaba de la fe pasiva, necesaria para trazar el canal por el que han de circular las peticiones del hombre a Dios, y las respuestas de Dios, como Padre y Creador del hombre que es. Y, en el otro caso, se estaba refiriendo a la actuación del hombre como creador, cuando, utilizando su propia capacidad creadora, como dios que es, actúa conscientemente fuera de sí mismo, para producir un efecto en el mundo exterior.

- O sea, ¿que quieres decir que la fe que tú llamas pasiva es la básica, y la otra, derivada de ella?

- No exactamente. La fe pasiva es un presupuesto básico de todo cristiano. Si no se cree en Cristo y en Su doctrina, no es posible ser cristiano. Eso es de Perogrullo, ¿no?

- Sí, claro.

- La fe activa, sin embargo, aunque Cristo, como hemos visto, la llamaba también fe, sin más, es más bien la seguridad, la certeza y la confianza en la propia deidad y, por tanto, en la propia capacidad para obrar milagros, como el traslado de los montes o el trasplante de la morera.

- Comprendo.

- Fíjate cómo el mismo San Pablo, que se da cuenta de que lo que yo llamo fe activa no es más que una facultad del hombre como tal y que, por tanto, podemos usar para el bien o para el mal, o sea, positiva o negativamente, - y estamos entonces en la magia blanca o en la magia negra - le añade el amor como característica necesaria para ser magia blanca. Y por eso nos dice: “*Y, aunque tuviese toda la fe, hasta el punto de poder trasladar los montes, - como decía Cristo al hablar de la fe activa - si no tuviese amor, nada sería*”. ¿Por qué? Porque, desde la conversión de Cristo, tras su muerte, en el regente de la Tierra, está permanentemente, desde su centro, influyéndonos, impregnándonos con su vibración de amor, haciendo que tendamos hacia el bien y nos convirtamos en magos blancos. Mientras que los que usan sus poderes divinos, como hombres que son, sin amor, se convierten en magos negros. Pero ambos emplean la fe activa, la confianza en sus poderes, es decir, la que caracteriza al ser creador.

- Comprendo.

- Resumiendo, pues: La fe pasiva es básica para ser cristiano. Pero, una vez cristiano, al actuar como hombres y, por tanto, como seres creadores, necesitamos usar la fe en nuestra capacidad creadora, junto con el amor, es decir, con fines altruistas.

- Está clarísimo.

- Pero aún hay otra consideración que me gustaría hacer sobre la fe activa.

- ¿Cuál?

- ¿Quién crees tú que, en el caso de esa fe activa, hace que obtengamos algo cuando lo pedimos, como dijo Cristo, “*como si ya lo hubiésemos recibido*”, es decir, con la confianza total en nuestro propio poder creador?

- Pues no sé. Si lo pedimos a Dios, será porque lo hace Dios, ¿no?

- ¿Entonces por qué lo hemos de pedir como si ya lo hubiésemos recibido? Para pedir, basta la fe pasiva: Señor, dame esto o aquello. Y Dios lo da o no lo da, según convenga. Recuerda el “*pedid y recibiréis*”. Pero, en el caso de la fe activa, nos estamos dirigiendo a nuestro Yo Superior que, como verdadero duplicado de Dios, es quien obra el milagro. Y, para que lo haga, sólo hemos de tener la certeza de que lo hará... porque ese Yo Superior es.... nosotros mismos pero es, a la vez, Dios.

- Está claro.

- Para concluir, te voy a poner aún tres ejemplos en los que aparecen ambas clases de fe.

- Vamos a ver.

- El primero se encuentra en Mateo 26:39, Marcos 14:36 y Lucas 22:42 en que Jesús exclama: *“Padre mío, si es posible que se aleje de mí este cáliz”* (ejemplo típico de fe pasiva). *“Sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la tuya”* (ejemplo máximo de fe activa). Cristo pudo, en virtud de sus poderes, mediante su fe activa, haber alejado de sí aquel cáliz. Pero no. Utilizó su fe activa del mejor modo: Hizo que quedara todo en manos del Padre. Y el Padre, como lo que más convenía era la Redención del mundo, no atendió su súplica.

El segundo ejemplo lo encontramos en Lucas 23:34 cuando Cristo, en el Gólgota, colgado de la cruz, en vez de decir a sus verdugos *“yo os perdono”* pidió. *“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”*. Cristo había perdonado frecuentemente los pecados. Incluso había asimilado el pecado a la enfermedad, y comparado, como cosas equivalentes, la sanación y el perdón de aquéllos. Sin embargo, en este caso, pidió al Padre que fuese Él quien perdonase a sus verdugos. ¿Por qué? Fue otro caso en que la fe activa pasó a ser fe pasiva, al consistir su mandato en que fuera el Padre el que perdonase. La Redención era necesaria. Y alguien tenía que provocar la muerte del Redentor. Era, pues, cosa del Padre perdonar a los verdugos, piezas clave del drama cósmico que estaba teniendo lugar. Pero, no sólo teniendo en cuenta aquel acto, vil desde el punto de vista humano, sino las consecuencias kármicas para sus autores, en base a las consecuencias positivas de la Redención para todo el género humano. Es como si hubiera dicho: *“No saben lo que hacen, pero es necesario que lo hagan porque Tú, Padre, lo has dispuesto así. Por lo que a mí respecta, yo ya se lo he perdonado. Pero Tú, Padre, por tu parte, no mires sólo su crimen, ten en cuenta también los efectos beneficiosos de la Redención”*.

El tercer ejemplo importante de las dos clases de fe lo constituye el Padrenuestro. Su primera mitad es una clara manifestación de fe activa. Y la segunda mitad, de fe pasiva. Y ambas juntas, constituyen la oración perfecta. La más efectiva. Porque, en última instancia, nuestra capacidad creadora, base de la fe activa, también nos viene del Padre y la recibimos gratuitamente, pasivamente, lo mismo que la vida.

* * *